

APRENDAMOS A SER GENEROSOS

Orville Swindoll

Hace un par de siglos un joven inmigrante de dieciséis años tuvo que dejar su hogar porque su padre era demasiado pobre para sostenerlo. Salió con sus bienes materiales en un paquete que llevaba en su mano.

Cuando el joven del campo llegó a la gran ciudad de Nueva York descubrió que era difícil conseguir un empleo. Recordando las últimas palabras de su madre y el buen consejo que le dio el capitán de un barco, el joven dedicó su vida a Dios, determinando devolver a su Señor la décima parte de cada dólar que ganaba.

Así que, cuando recibió su primer billete de un dólar, dedicó diez centavos al Señor. Y seguía haciéndolo a lo largo de los años. Después de unos años llegó a ser socio de una fábrica de jabón. Y más tarde compró la parte de su socio e incluyó a su hermano en la firma.

Instruyó a su contador que abriera una cuenta en el nombre del Señor y que depositara allí la décima parte de todas sus ganancias. El negocio creció maravillosamente y el propietario decidió dedicar al Señor 20% de sus ganancias; luego 30%, después 40% y finalmente 50% de las ganancias. Parecía aumentarse sus ventas en proporción con su generosidad, y pronto la marca de su jabón llegó a ser conocida en todo el mundo.

El finado William Colgate era este hombre que Dios prosperó tan notablemente por su gran fidelidad al Señor. Se relata esta historia, no con el objeto de promover los productos Colgate, sino porque ilustra las bendiciones que acompañan a los que son fieles en la mayordomía de sus bienes delante de Dios.

Conviene considerar el tema de las ofrendas, contribuciones y limosnas bajo el rubro general de la mayordomía más que bajo el diezmo, porque Dios quiere promover en nosotros una actitud generosa y no un sistema legalista y arbitraria. Es evidente que los primeros cristianos consideraron que el diezmo era el punto de partida y no la meta —al igual que el señor Colgate en la anécdota recién relatada— pues aprendieron pronto a abrir sus corazones y sus manos para el beneficio de muchos otros y del avance del evangelio en el mundo.

El Señor Jesús era el ejemplo de gran generosidad que habían conocido

íntimamente los primeros apóstoles. Luego el apóstol Pablo señala la misma característica en su segunda carta a los cristianos en Corinto:

Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos.

2 Corintios 8:9

Dios tiene montada una gran empresa en todo el mundo y quiere que su pueblo participe con él, al invertir sus bienes en la expansión del evangelio y la consolidación de la obra para la transformación de vidas y de naciones. Dios mismo destinó los diezmos en primer lugar para el sostén de sus siervos: los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, misioneros, lingüistas y muchos ministerios de ayuda y apoyo. También hay enormes necesidades que vemos por todos lados y muchas más que están más allá de nuestra vista. Podemos hacer grandes cosas para aliviar el sufrimiento de muchos si aprendemos a ser generosos.

Cuando Pablo estaba reuniendo fondos de ayuda entre las iglesias de los gentiles para los hermanos necesitados de Judea, estableció unas normas que bien podemos aplicar todos para cumplir con nuestra responsabilidad de ser fieles y generosos. Veamos lo que escribió en 1 Corintios 16:1–2:

En cuanto a la colecta para los creyentes, sigan las instrucciones que di a las iglesias de Galacia. El primer día de la semana, cada uno de ustedes aparte y guarde algún dinero conforme a sus ingresos, para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya.

Sugiero que de estas breves instrucciones apostólicas podemos extraer cuatro normas para orientar nuestra conducta en cuanto a las ofrendas y contribuciones en la iglesia:

1) Que sea UNIFORME. Las mismas instrucciones que Pablo da a los corintios ya dio a las iglesias de Galacia. Que actuemos de común acuerdo.

2) Que sea REGULAR. Pablo instruye a los hermanos que aparte y guarde algún dinero el primer día de cada semana, o sea el domingo. Lo más probable es que recibían sus sueldos por día o por semana y el domingo era seguro que se reunirían para celebrar culto al Señor.

3) Que sea PROPORCIONAL. La norma apostólica era «*conforme a sus ingresos*», o sea un porcentaje de sus ganancias. Por eso mencioné que el diezmo es el punto de partida, con la mira puesta en aumentar el porcentaje según la fe y según sea prosperado por el Señor en su trabajo o en sus negocios.

4) Que no sea una cuestión EMOCIONAL. Pablo no quiere levantar colectas cuando llegue; no quiere trabajar la moral de los hermanos ni arengarlos para que den más. Prefiere que cada uno contemple su responsabilidad y sus posibilidades ante el Señor con fe.

Hace un par de días me llamó un joven de otra ciudad para pedirme consejo sobre un dinero significativo que había recibido de otra persona. Está comprando una casa y quería saber si debiera pagar el diezmo primero o si pudiera más bien contar con la suma entera para la compra de la casa. Se ve que si pagara el diezmo le dejaría un poco corto para llegar a la suma de dinero que necesitaba.

Le dije que yo no acostumbraba decir a otros lo que deben hacer con su dinero, sino que prefería darles una orientación basada en las Escrituras para que luego tome su propia decisión ante la presencia de Dios. Le animé a encarar el tema con fe y no simplemente como una orden legalista. Si esperamos hasta que nos sintamos cómodos para diezmar u ofrendar, nunca llegaremos a ser ni fieles ni generosos. Dios es nuestro sostén y nuestro guardador. Confiemos en él. Decidamos caminar por la fe. Hagamos siempre la voluntad de Dios, aun cuando duele. Dios es fiel. Y también es generoso. Recordemos que

¡DIOS AMA AL DADOR ALEGRE!